

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Mahón 21 Diciembre 1906

El odio de los ricos

Apenas se atreven los trabajadores á hablar de lucha de clases; les parece un atrevimiento, casi una crueldad, y no se cansan los que se tienen por más radicales de repetir que las reformas y las revoluciones y las organizaciones futuras han de ser para bien de todos, sin excluir á ninguno. La idea de perjudicar á los ricos hace sufrir á los pobres reformistas, que hasta proyectan bonos y vales con que indemnizar á los actuales ladrones, usureros y acaparadores que causan tantos sufrimientos.

Estos, en cambio no sólo hablan de lucha, sino que luchan siempre, luchan realmente y con odio desenfrenado. Un concepto, una palabra favorable á los pobres produce la indignación de los ricos. En «Aurora» no pudo tolerar el diario conservador que la criada resultase más decente que la señorita, y se exclamaba diciendo que era un caso aislado y que «no todos los sabios y todas las obreras son criaturas superiores que se indignan á cada paso ante las maldades humanas.» Cada día en el teatro, como en todas partes, se ridiculiza y se ofende á los criados, á los empleados inferiores y á los obreros de todos los oficios, y los ricos se divierten con ello. Pero llega el caso de volverse las tornas y se alborota el gallinero de los pollos y de las pollas y de los viejos gallos aristocráticos. Es que creen que los pobres no tienen dignidad, que puede insultárseles, encima de explotarles y de vivir á su costa.

A los pobres se les entretiene con las luchas políticas y religiosas; se les hace creer que su situación mejoraría si se cambiase la forma de gobierno ó si se modificase el Concordato con el Vaticano.

Los ricos no se dejan engañar con estas simplezas; al contrario, se aprovechan de ellas para desviar á los trabajadores del buen camino de las luchas sociales. A los ricos no les importa que haya República ó Monarquía, ni les parece más verídico Moisés que Jesús ó Mahoma. A ellos lo que les interesa es mantener al pueblo en sujeción, que trabaje para ellos y que no sienta deseos de emanciparse. Para esto sirven las religiones y los gobiernos. La religión que mejor engañe al pueblo, el gobierno que mejor le domine, ese es el gobierno y esa es la religión que merecen la predilección de los ricos. Cuando una religión ya no domina sobre las inteligencias y cuando un sistema de gobierno pierde su prestigio, entonces se les arrincona como trastos viejos, como se hace en Francia con la Iglesia católica y como se hará en España con la Monarquía cuando se considere necesario. El pueblo aplaude y se interesa y lucha, y pierde el tiempo que debería emplear en liber-

tarse de su enemigo verdadero, del que le quita el pan, del capitalismo.

Se ha escrito mucho sobre el internacionalismo de los grandes capitalistas que se entienden por encima de las fronteras y de las diferencias de religión y de raza para efectuar sus grandes negocios á costa de la sangre y la vida de los hijos de los trabajadores que se hacen matar en los campos de batalla para que sus amos se enriquezcan; pero quizá no se ha hecho notar bastante la asiduidad asombrosa y la unanimidad que reina entre los ricos, cualquiera sea su edad y su sexo, cuando se trata de mantener y avivar el fuego de la lucha de clases.

No basta ver lo que pasa en las naciones; hay que ver también lo que ocurre en el interior de los domicilios y en las modestas reuniones sociales. Para apreciar el conjunto hay que conocer los detalles.

Hay que oír como habla el patrono de sus operarios, el principal de sus dependientes, el fabricante de sus obreros, el propietario de sus braceros y las señoras de sus criadas. Las señoras sobre todo, cuando han pasado la edad de las juveniles alegrías, cuando les han agriado el carácter los desengaños, cuando nadie las busca á solas más que el cura, parece que toman de éste la crueldad y la grosería. No pueden lucir por bellas, y quieren hacerse notar por su influencia, quieren hacer sentir su influencia político-religiosa sobre cuantos las rodean. Estas son las que luchan en los teatros, pretendiendo excluir los obras que les señala el jesuíta, y las que levanten cruzadas contra las tiendas que no hacen las manifestaciones que ellas les imponen. El boicot que los trabajadores no saben emplear todavía, ellas lo usan con saña implacable.

La señorita que es encanto de los salones, que nos hace entrever en una sonrisa un mundo de ilusiones y en una mirada un cielo de pasión, esa misma señorita que nos parece un ángel, es injusta, reñidora, insultante, cruel con la mujer del pueblo que la viste, la peina y le pone los afeites y galas que constituyen por lo menos la mitad de su hermosura. Tras aquellos ojos, negros ó azules, ero divinos siempre, no hay el alma grande que creemos adivinar, sino un pensamiento ruín, egoísta, calculador; debajo de aquel pecho cuyo movimiento acompañado al respirar nos enardece hay un corazón miserable, incapaz de ningún gran sentimiento, lleno de orgullo y de desprecio para los pobres.

No son el sacerdote embustero, el político farsante, el caudillo cruel y el capitalista ladrón los únicos enemigos de la emancipación de los trabajadores. Hay que añadir la beata retirada del vicio y el gomoso imbécil y la señorita espiritual. Todos, toda la burguesía siente y practica el odio contra el

pueblo, contra los que no son decentes, contra los que no usan lindos trajes, contra los que no viven ociosos.

Los trabajadores no se dan cuenta de que la lucha de clases, que ellos no se atreven á plantear, hace mucho tiempo que está en el corazón y en las obras de sus enemigos, de los que les odian con odio furioso, de los que no perdonan medio ni ocasión de hacer sentir á los trabajadores el peso de su poder, de su superioridad, de su insultante desprecio.

La burguesía no tiene otra religión, ni otra política, que el odio contra el obrero.

JUAN CUALQUIERA

Clopinel

Era el día de año nuevo. Entre dos aguaceros, fresco el barro de las calles, Mr. Bergeret y su hija Paulina iban á felicitar á una tía materna que aun vivía, pero para ella sola y poco, y que habitaba en la calle Rousselet un cuartucho de monja beguina, sobre un huerto, oyendo el sonido de las campanas conventuales. Paulina estaba contenta sin razón, sólo porque esos días de fiesta, que señalan el curso del tiempo, le hacían sentir mejor los deliciosos progresos de su juventud.

Mr. Bergeret conservaba en aquel día solemne su acostumbrada indulgencia, no esperando ya gran cosa de los hombres y de la vida, pero sabiendo, como Mr. Fagon, que hay mucho que perdonar á la naturaleza. A lo largo de las calles, los mendigos, colocados como candelabros, eran como el ornamento de la fiesta. Habían venido á adornar los barrios burgueses, nuestros pobres, truhanes, huraños, tristes, ruines, enfermizos y envejecidos antes de tiempo, desmoralizados, maltratados, apollillados, mutilados de verdad ó fingidamente. Sólo que, participando del universal rebajamiento de los caracteres y conformándose con la mediocridad general de las costumbres, no ostentaban, como en los tiempos del gran Coësre, deformidades horribles y llagas espantosas. No envolvían con trapos sangrientos sus miembros mutilados. Eran sencillos y sólo afectaban enfermedades soportables. Uno de ellos siguió mucho tiempo á monsieur Bergeret, cojeando ruídosamente, pero con paso ligero. Después se detuvo y volvió á colocarse como un lampadario al borde de la acera.

Entonces Mr. Bergeret dijo á su hija:

—Acabo de cometer una mala acción; he dado limosna. Al dar esos céntimos á Clopinel he gustado del vergonzoso placer de humillar á un semejante, he consentido en el pacto odioso que asegura al fuerte su poder y al débil su debilidad, he sellado con mi sello la antigua iniquidad, he contribuído á que ese hombre sólo tenga una mitad de alma.

—Todo esto has hecho, papá? dijo Paulina incrédula.

—Casi todo esto, respondió Mr. Bergeret. He vendido á mi hermano Clopinel fraternidad con pesas falsas. Me he humillado humillándole; porque la limosna envilece igualmente al que la da y al que la recibe. He obrado mal.

—Yo no lo creo, dijo Paulina.

—Tú no lo crees, respondió Mr. Bergeret, porque careces de filosofía y no sabes sacar de una acción inocente en apariencia las consecuencias infinitas que en ella se encierran. Ese Clopinel me ha inducido á la limosna. No he podido resistir la importunidad de su voz lastimera. Compadecí su flaco cuello desnudo; sus rodillas que el pantalón, deformado por el uso, asemejaba tristemente á las del camello; sus piés, en cuyos extremos los zapatos rotos parecen los picos abiertos de dos patos. ¡Seducor! ¡Oh, peligroso Clopinel! ¡Clopinel delicioso! Por tí, mis cinco céntimos han producido un poco de bajeza, un poco de vergüenza. Por tí, he constituido con cinco céntimos una pequeña parte de mal y de ruindad. Al comunicarte ese pequeño signo de la riqueza y del poder, te he hecho capitalista con ironía y convidado sin honra al banquete de la sociedad, á las fiestas de la civilización. Y enseguida he sentido que yo era respecto de tí un poderoso de este mundo, un rico á tu lado, dulce Clopinel, mendiguillo exquisito, engañador! Me he regocijado, me he enorgullecido, me he complacido en mi opulencia y en mi grandeza. Vive, oh Clopinel! *Pulcher divitiarum pauper immortalis.* (¡Cuán hermoso es para tí, eterno pobre, el himno de las riquezas!)

«Execrable práctica, bárbara piedad de la limosna! Rancio error del burgués que da un perro chico y piensa que obra bien y cree haber saldado su deuda con todos sus hermanos, por el más miserable, el más torcido, el más ridículo, el más necio, el más pobre acto de todos los que pueden realizarse para la mejor repartición de las riquezas. Esta costumbre de la limosna es contraria á la beneficencia y un horror para la caridad.

—Es verdad esto? preguntó Paulina con buena voluntad.

—La limosna, prosiguió Mr. Bergeret, se parece á la beneficencia como la mueca de un mono á la sonrisa de la *Gioconda*. La beneficencia es ingeniosa como la limosna inepta. Vigila, y acude con su esfuerzo según la necesidad. Es precisamente lo que no he hecho respecto de mi hermano Clopinel. El nombre sólo de beneficencia despertaba las más dulces ideas en las almas sensibles, en el siglo de los filósofos. Se creía que este nombre había sido creado por el buen abate de Saint-Pierre, pero es muy anterior y se encuentra ya en el antiguo Balzac. Lo que hoy llamamos *bienfaisance*, en el siglo xvi se decía *benéficence*. Es la misma palabra. Confieso que no encuentro en ella su belleza primitiva; me ha sido estropeada por los fariseos que la han empleado con exceso. Tenemos en nuestra sociedad muchos establecimientos de beneficencia, montes de piedad, sociedades de previsión y de seguros mutuos. Algunos son útiles y prestan buenos servicios. Su pecado de origen es que proceden de la iniquidad social que están destinados á corregir, que son medicinas contaminadas. La beneficencia universal es que cada uno viva de su trabajo y no del trabajo ajeno. Fuera del cambio y de la solidaridad, todo es vil, vergonzoso, infecundo. La caridad humana es el concurso de todos en la producción y la repartición de los frutos.

«Es la justicia, es el amor, y los pobres son para ella más hábiles que los ricos. Cuales ricos ejercieron jamás tan plenamente como Epicteto ó Benoit Malon la caridad del género humano? La caridad verdadera es el don de las obras de cada uno á todos, es la bella bondad, es el gesto armonioso del alma que se inclina como un vaso lleno de precioso nardo y que se reparte en buenas obras; es Miguel Angel pintando la capilla Sixtina, ó los diputapos de la Asamblea nacional en la noche del 4 de agosto; es el don repartido en su plenitud dichosa, el dinero deslizándose mezclado con el amor y el pensamiento. No poseemos propiamente nada más que nosotros mismos. No damos nada

sino cuando damos nuestro trabajo, nuestra alma, nuestro genio. Y esta ofrenda magnífica de todo nuestro ser á todos los hombres enriquece al donante tanto como á la comunidad.

—Pero, objetó Paulina, tú no podías dar amor y belleza á Clopinel. Le has dado lo que le era más conveniente.

—Es verdad que Clopinel ha llegado á ser un bruto. De todos los bienes que pueden halagar á un hombre, él sólo gusta del alcohol. Digo esto juzgando por lo que apesataba á aguardiente cuando se nos acercó. Pero tal como es, nuestra obra es. Nuestro orgullo fué su padre, nuestra iniquidad su madre. Es el mal fruto de nuestros vicios. Todo hombre en sociedad debe dar y recibir. Este no ha dado bastante, sin duda porque no ha recibido bastante.

—Es quizá un perezoso, dijo Paulina. ¿Cómo haremos, Dios mío, para que no haya más pobres, ni débiles, ni perezosos? Por ventura no crees que los hombres son buenos naturalmente y que es la sociedad que les hace malos?

—No. No creo que los hombres sean buenos naturalmente respondió Mr. Bergeret. Veo en primer término que salen penosamente y poco á poco de la barbarie original y que organizan con gran esfuerzo una justicia insegura y una bondad precaria. Todavía está lejano el tiempo en que serán dulces y benévolos unos con otros. Está lejano el tiempo en que ya no lucharán entre sí y en que los cuadros representando batallas se ocultarán como inmorales, por ofrecer á los ojos un espectáculo vergonzoso. Creo que el reino de la injusticia durará mucho tiempo aun, que durante mucho tiempo los pueblos se destruirán mutuamente por razones frívolas y los ciudadanos de una misma nación se arrebatarán furiosamente los unos á los otros los bienes necesarios á la vida, en lugar de repartirlos equitativamente. Pero creo también que los hombres son menos feroces cuando son menos miserables, que los progresos de la industria determinan á la larga algún endulzamiento de las costumbres, y se por un botánico que el espinillo blanco transportado de un terreno seco á un suelo abonado cambia sus espinas en flores.

—¿Lo ves? Tú eres optimista, papá. Ya lo sabía yo, exclamó Paulina parándose en medio de la acera para fijar un momento sobre su padre la mirada de sus bellos ojos grises, llenos de dulce luz y de frescor matinal. —Tú eres optimista, y trabajas de buena gana para construir la ciudad futura. ¡Está muy bien! Es hermoso colaborar con los hombres de buena voluntad en la construcción de la nueva república.

Mr. Bergeret sonrió á esas palabras de esperanza y á aquellos ojos de aurora.

—Sí, dijo, sería muy hermoso establecer la sociedad nueva, en que cada uno recibiese el precio de su trabajo.

—No es verdad que esto será?... Pero cuándo? preguntó Paulina con candor.

Y Mr. Bergeret respondió, con voz no exenta de dulzura ni de tristeza:

—No me pidas que profetice, hija mía. No sin razón los antiguos consideraban el poder de penetrar el porvenir como el don más funesto que pudiese recibir un hombre. Si nos fuese posible ver lo que vendrá, ya podríamos morir y tal vez caeríamos aterrorizados de dolor y espanto. El porvenir hay que trabajarlo como trabajan los tejedores en los tapices de alto lizo, sin verlo.

ANATOLE FRANCE

(Concluirá.)

Si el hombre, aun en sociedad, conserva siempre el derecho indestructible de la propiedad que la naturaleza le ha dado (la necesidad), nada ni nadie puede quitárselo; nada ni nadie puede impedirle de ejercerlo; el rico es el único ladrón.

BRISSET

Nochebuena

Cristo vino al mundo para redimir á los hombres. Era necesario que Cristo muriese para que los hombres dejaran de sufrir. Y Cristo murió. Pero la Humanidad sufre todavía.

No obstante, la Humanidad festeja, llena de júbilo, el natalicio de Cristo. La hemos visto en noches como esta de Nochebuena atracarse de carne é impregnarse de alcohol para mayor gloria del hijo de la virgen; la vemos ahora inundar las calles, desbordada y bestial, como una horda primitiva; la veremos aún, dentro de un año, dentro de dos, dentro de cien, quizá...

Que haya quien festeje á Cristo no nos produce extrañeza; los ricos pueden festejarlo, ya que él, para sostener sus privilegios, ha propagado la humildad y la resignación. Pero los pobres no pueden festejar á Cristo, no pueden ni deben.

Y, sin embargo, los pobres lo festejan. ¿Por qué? No sabrían decirlo si se les interrogase. Así lo han hecho sus padres; así lo hacen ellos; así lo harán sus hijos también... El caso es eximirse una vez á la faena brutal; el caso es ahogar las penas en alcohol y reír en un sólo día la risa de un año entero. En el fondo no hay religión, ni hay fe, ni hay nada...

Nosotros hemos soñado para los pobres una Nochebuena triunfadora. La carne del sacrificio será bien suculenta carne humana, y será sangre el licor que encienda las pupilas obscuras.

Esa noche llegarán á Cristo, en vez de rezos, ayes de angustia y gritos de maldición.

Filosofando

Veamos. Yo soy panadero, ó literato, ó músico, ó marino, ó albañil, ó periodista, ó pintor...

O nada...

O todo.

Yo me encuentro en la vida abandonado á mis propias fuerzas. Tengo una cabeza encima de los hombros y una musculatura, más ó menos noble, bajo mi cabeza. Tengo además un corazón y un sexo. Tengo un organismo, en fin, complicado, multiforme...

Veamos. Yo me encuentro en la vida: ¿por qué? ¿para qué? Hay en mí un sedimento de viejas doctrinas que me hace pensar en dios: «Dios me ha creado; dios me ha dado la existencia; dios me la quitará... Yo vivo porque á dios le plugo que yo viviese... Y no es posible ir más lejos en el misterio de tal misterio.»

He dicho que tengo una cabeza encima de los hombros. Esta mi cabeza no se conforma con este místico abandono mío. Esta mi cabeza es ávida de razonamientos lógicos, de ideas positivas, de verdades contrastables.

Y esta mi cabeza me dice que el cielo es una mentira, que no existe para mí, otra realidad que yo; ni otro dios que yo, ni otro mundo que yo; que yo lo soy todo, para mí, y que si para mí los demás son algo es porque yo consiento que lo sean. Yo he venido á la vida —me dice mi cabeza— para vivir. Tras de mí hay la vida que he vivido; ante mí hay la vida que viviré. Y nada más; nada: ni dios, ni el cielo, ni los hombres...

¡Vivir!... ¿Cómo vivir, siendo, según dije, panadero, ó literato, ó músico, ó marino, ó albañil, ó periodista, ó pintor? Cualquiera de estas cosas que yo sea, el producto

No resucitarán

El día en que se estrenó en esta ciudad el drama «Resurrección», arreglo escénico de la novela de Tolstoi, nuestra ridícula aristocracia de pueblo honró el teatro con su ausencia.

Aquí se puede ser distinguido y frecuentar los salones de «quiero y no puedo» aunque no se pague al sastre ni á la modista; lo que se ha de pagar indispensablemente son los diezmos y primicias á la iglesia católica. El cura quiere que se recojan firmas contra el gobierno; pues la gente de orden se apresura y se usan todos los engaños y todas las coacciones para recoger firmas de inconscientes y de obligados. El cura condena una obra teatral; pues hay que hacer una manifestación, dejando vacíos unos cuantos palcos el día en que se represente la obra condenada.

El diario conservador ha querido explicar esa conducta de la burguesía mahonesa diciendo que la obra es mala y que tiene escenas de un naturalismo repugnante. Decir esto es decir una tontería. Basta conocer cualquiera de los libros de Tolstoi para comprender que no puede haber escrito «escenas de un naturalismo repugnante». Tolstoi es un místico, que á veces perjudica el efecto artístico de sus novelas por exceso de idealismo cristiano.

Además, esos mismos que protestan contra Tolstoi, aplauden y ríen y se entusiasman con las peores y más estúpidas piezas del género chico. Verdad es que el cura que condenó á «Resurrección» no ha dicho nada contra las pantorrillas, etc. de la Cocotero y compañeras vírgenes y mártires.

Sin embargo, el cura tiene razón si condena y nuestra burguesía tiene razón si le obedece.

En «Resurrección» hay algo más grave que la exhibición de pantorrillas y más repugnante para clérigos y burgueses que el arte naturalista.

«Resurrección» encierra una grandeza moral que ellos no pueden comprender y un alto concepto de justicia que por fuerza han de temer.

Convencido el clérigo de que engaña y el capitalista de que los bienes que detenta no son suyos, sino robados al trabajo y á las necesidades de todos, nada suena más terriblemente en sus oídos que la voz de la verdad y de la justicia.

No hemos de defender el cristianismo de Tolstoi. No creemos en la eficacia de la resignación, ni en la no resistencia al mal; pero ante «Resurrección», ante la grandeza moral de Neklindof y de la Máslova, nos sentimos profundamente conmovidos.

Nuestro ideal no es el sacrificio en los presidios de Siberia; sino que pretendemos reformar la organización social aquí mismo y en todas partes, arrollando los obstáculos y modificando el ambiente moral de manera que todos podamos ser buenos al mismo tiempo que organizando la producción y el consumo de modo que á ninguno falte lo necesario para la vida.

Pero entre el ideal de Tolstoi y el nuestro hay de común el superior espíritu de justicia, que es el mismo, aunque lo procuremos por diferentes medios. Y ese ideal de

justicia es precisamente lo que temen y lo que odian los burgueses y los clérigos.

Cuando hablan contra socialistas y anarquistas y les condenan por las durezas de lenguaje ó por la violencia de las acciones, no son sinceros. ¿Cómo pueden condenar la violencia los que proceden de la Inquisición y los que en la actualidad mantienen ejércitos y gastan millonadas en fusiles y cañones, acorazados y submarinos y en explosivos de toda especie?

No es la violencia lo que odian, sino la justicia que predicamos. Por esto cuando el mismo concepto de justicia aparece en forma la más bella y más suave y hasta con palabras tomadas textualmente de los Evangelios, ellos, los burgueses y falsos cristianos protestan de la misma manera, se irritan y secundan las iniciativas de los sacerdotes.

«Resurrección» puesta ante los ojos de nuestros burgueses hubiera sido como un espejo que les habría hecho ver la fealdad de sus conciencias. Han preferido romper el espejo.

De todos modos, no pensaban corregirse, no pensaban resucitar. ¿Para qué despertar la conciencia que tanto cuida de adormecerles el sacerdote, si una vez despierta y conocido el camino faltaría luego el corazón para emprenderlo valerosamente?

En la evolución dentro de cada especie los tipos inferiores, que no son capaces de adaptarse al nuevo medio, están condenados á desaparecer. Es el caso de nuestras ridículas aristocracias. No tienen ojos para la nueva luz, no tienen cerebro para las nuevas ideas, no podrían resucitar á la nueva vida.

Dejémosles acabar y entre tanto vivamos á pesar de ellos.

JUSTO SENCILLO

La emancipación intelectual

Mientras el obrero de fábrica se vea obligado á trabajar doce ó más horas al día, hasta extenuarse de fatiga, jamás podrá convertirse en un hombre. El objeto de todo trabajo ha de ser la satisfacción del hombre. Este ha de ser *dueño* de su trabajo, capaz de hacer una obra entera. Aquel que en un taller está condenado á fijar cabezas de alfiler ó á sacar alambre del laminador etc., trabaja mecánicamente, como una máquina; estropea el oficio, no es maestro de él; su trabajo no puede *satisfacerle*, no hará más que *cansarle*. Su obra, considerada aisladamente, no tiene ningún objeto *en sí*; considerada en sí misma no es completa, contribuye sólo á la obra de otro, y este otro la explota. Para este obrero, siervo de otro, no existe *goce del espíritu cultivado*, no tiene más que groseros placeres, pues le está vedada toda *cultura*. Para ser un buen cristiano basta *creer* y esto el más oprimido puede hacerlo. Por esto los partidarios del cristianismo no se cuidan más que de la devoción de sus obreros sufrientes, de su paciencia, resignación, etc. Las clases oprimidas pudieron resignarse con su miseria mientras estuvieron compuestas por *cristianos*, pues, el cristianismo mató en ellos todo espíritu de protesta y rebelión. Actualmente no basta *ahogar* los deseos, es necesario *saciarlos*. La burguesía ha proclamado el evangelio de la satisfacción material y de todos los placeres que procura el mundo y se extraña ahora de que esta doctrina halle partidarios entre nosotros los pobres, cuando precisamente ella ha demostrado que no son la fe ni la

de mi trabajo sufrirá siempre la merma del patrono, la merma del intermediario, la merma del público, la merma de todo cristo. Y todo cristo me robará impidiéndome vivir.

Yo necesito dar satisfacción á las necesidades de mi estómago y á los deseos de mi cerebro; yo necesito subvenir á las demandas de mi carne y á las exigencias de mi espíritu. Y ved: yo gano, cuando gano más, cinco pesetas diarias; de estas cinco pesetas, mi patrona me pide una por un camastro asqueroso y mi fondista me reclama tres por una comida intolerable. Me sobra una peseta, con la cual tengo que vestirme, curarme, si estoy enfermo; fumar, si fumo; tomar café, si acostumbro á tomar café; arreglarme en las épocas de cesantía...

Ya veis, pues, que á mí no se me deja vivir.

Y bien. Yo miro la tierra, amplia, fecunda; miro el mar pletórico de peces y el aire poblado de aves. Y yo me pregunto si el mar y la tierra y el aire no encierran lo suficiente para todos nosotros: hombres.

Mi pregunta es contestada en seguida. Las trojes repletas de frutos, las ganaderías llenas de reses, los almacenes atiborrados de comestibles y de ropas, me dicen que sí...

Yo me pregunto otra vez: me pregunto si hay alguna causa en virtud de la cual cada individuo no pueda consumir un equivalente mayor á lo que produce. Y cuando he admitido que sí, trato de indagar si mi trabajo vale solamente las cinco pesetas que me pagan por él.

He aquí mi razonamiento:

Fabricando gorras hago veinte al día. Se me ocurre una vez comprar una de estas gorras, voy al comercio y me piden tres pesetas. Yo examino la gorra: «Será más grande», me digo. Y no; es igual. «Será más bonita», me vuelvo á decir. Y tampoco es más bonita. «Tendrá tal vez unas borlitas azules en su interior.» Y no las tiene; la gorra es la misma que yo hice. ¿Por qué, pues, me la cobran á tres pesetas, si yo la he vendido por un real? ¡Ah, sí; el paño! Hago un cálculo en virtud del cual llego á saber que el paño de esta gorra costó diez céntimos. La gorra, pues, debiera venderse á treinta y cinco céntimos; vendiéndola á tres pesetas, se me roban á mí dos con sesenta y cinco; y multiplicando esa cantidad que se me roba en cada gorra por las veinte gorras que hago al día, resulta que se me roban diariamente cincuenta y tres pesetas.

Ahora, descontando de estas cincuenta y tres pesetas lo que me pudieran robar en la fonda, en la posada, en la ropa y demás, resultaría que yo, con mi trabajo, hubiera podido vivir una espléndida vida.

Ya sé: los comerciantes, los corredores, los accionistas de ferrocarriles, etc., se morirían entonces de hambre. Pero ¿quién les impediría dedicarse como yo á hacer gorras ó cualesquiera otras cosas útiles?

Yo, productor, no necesito para nada intermediarios de ningún género con el público. No necesito intermediarios ni patronos, ni cosa que se parezca á patronos ó intermediarios.

Y este es el caso.

* * *

He venido á la vida para vivir. Hay un régimen que impide mi vida, y yo debo rebelarme contra ese régimen.

¿Que quién soy yo? Ya os lo he dicho: soy panadero, ó literato, ó músico, ó marino, ó albañil, ó periodista, ó pintor...

O nada...

O todo.

Soy el eterno robado, el eterno explotado que se cansa ya y os enseña los dientes, verdugos.

JULIO GAMBA

Una injusticia hecha á un solo hombre es una amenaza para todos.

CONFUCIO

pobreza lo que hacen felices á los hombres, sino los beneficios de la inteligencia y del bienestar. Eso mismo creemos los proletarios.

MAX STIRNER

La "Marsellesa,, rusa

El pueblo ruso tiene ya su himno revolucionario, que es cantado en todas las provincias del imperio, despertando entusiasmos y esperanzas.

Traducido literalmente dice así:

«Los tiranos vierten hace mucho tiempo nuestra sangre.

»Las lágrimas corren continuamente de los ojos del pueblo.

»Pero llegará el día de la venganza, cuando nosotros seamos los jueces.

»Cuando, aunque viejos y miserables, los hijos de la noche intenten reconquistar el prestigio perdido.

»Todo lo que es malo será reducido á ruínas, y todo lo bueno vivirá eternamente.

»¡Abajo los tiranos! ¡Abajo los opresores!

»Nosotros fundaremos una nueva existencia; estableceremos un orden nuevo.

»¡Adelante, pues! ¡A la victoria!

»Nuestra bandera flota sobre los tronos, llevando el fuego de la revancha y la cólera del pueblo, sembrando gérmenes de porvenir.

»Su color es rojo porque está empapado en sangre del pueblo »

ECOS Y COMENTARIOS

Esta semana dejaremos servidos todos los pedidos que se nos habian hecho de las etiquetas antialcohólicas, que por varios motivos no hemos podido terminar hasta hoy.

Su precio es de 1'50 pesetas el millar.

Los obreros revolucionarios rusos han emprendido una activa campaña contra el alcohol, y en especial contra el aguardiente, fundándose en dos poderosas razones.

Primero la razón higiénica, por el daño que causa el alcohol al organismo, debilitando y empobreciendo la raza, al mismo tiempo que ataca al cerebro é imposibilita para los grandes pensamientos para las grandes acciones, siendo por lo tanto el alcohol un enemigo de la revolución emancipadora.

En segundo lugar porque el Estado ruso tiene el monopolio de los alcoholes y recauda anualmente 150 millones de rublos. La propaganda antialcohólica priva por lo tanto de recursos al Estado opresor.

Los revolucionarios acuden á las fábricas y forman listas de obreros que se comprometen á no usar bebidas alcohólicas so pena de multa de un rublo, que se destina á la caja de resistencia ó de propaganda. Además, grandes rótulos, repartidos profusamente y puestos en las esquinas, dicen que es un crimen que el Estado se enriquezca á expensas de la salud pública.

Es preciso que el pueblo se defienda y luche contra todo cuanto le perjudica y en especial contra sus propios vicios, que son el fundamento de la fuerza de sus enemigos.

La Voz del Cantero, de Madrid, insiste en la necesidad de constituir en España una

Confederación del Trabajo, semejante á la que existe en Francia, de la que formasen parte todos los sindicatos ó sociedades de oficio.

En el número próximo hablaremos de ello más extensamente. Nuestra opinión es por completo favorable al proyecto.

En vista de la *plancha* que se tiraron los curas y sus acólitos en lo de «Resurrección», ahora van diciendo que ellos no promovieron manifestaciones de ningún género, sino que fué cosa de las señoras que se indignaron con «Aurora» porque en el drama de Dicenta la señorita resulta inferior á la criada. Eso, naturalmente, no lo pueden consentir las burguesas de nuestra culta población.

Nos parece que esta vez el arreglo no arregla, sino que empeora. Estas rivalidades son excelente tema de conversación para las señoras que se pasan la vida maldiciendo del servicio; pero no se deben exteriorizar en público.

En nombre del «Colegio Moderno» de Torelló han escrito los compañeros Cirilo Viñolas y Juan José Oriol á la «Escuela Libre del barrio 15» de esta ciudad, protestando de que la hayan cerrado, ofreciendo su apoyo moral y material y haciendo votos para que pronto sea un hecho la reapertura.

Agradecemos, en nombre de todos los amigos de la «Escuela Libre» la buena voluntad que manifiestan los del «Colegio Moderno», á los que pronto esperamos poder dar la buena noticia de que nuestra Escuela funciona de nuevo y mejor que antes.

Copiamos de *La Voz del Cantero*:

«El 12 del corriente dejó de existir nuestro compañero Francisco Pérez Leira, víctima de la terrible tuberculosis.

Pérez Leira no era un hombre del presente, pertenecía al porvenir, y por ello se le persiguió y se le sometió á las durezas de la cárcel.

La causa revolucionaria ha perdido uno de sus mejores adalides, y nosotros uno de los más decididos compañeros. Pérez Leira ha muerto como vivió: sin transigir con las fórmulas que imponen los tiranos y farisantes.»

El compañero Blázquez de Pedro, de Béjar (Salamanca), recibió cinco ejemplares del folleto «La Reivindicación Social», procedentes de Montevideo. Nos envía su importe con destino á la suscripción de presos, según deseos del autor. La relación de nombres y cantidades va en este mismo número en el lugar correspondiente.

El compañero citado en el suelto anterior desea que José Guardiola le envíe 10 ejemplares del libro «Concurso Internacional» y 20 de la poesía «Insurrexit» publicada por *Tierra!*

Participamos á los compañeros que nos han escrito pidiéndonos ejemplares de la nueva obra «Sin Dios», que no podemos servirlos de momento por no haber recibido todavía el pedido que hace tiempo tenemos hecho á los editores.

Acto civil

El martes último se unieron civilmente en esta ciudad los compañeros José Buenaventura Villanueva y Encarnación Trinidad Vidal.

PAPEL IMPRESO

Patria é Internacionalismo (Estudio filosófico) por A. Hamon.

Nueva edición portuguesa publicada por el grupo «Espartaco», Avenida Passos, 30, Río de Janeiro (Brasil).

Precio: 100 reis ejemplar.

De la Habana hemos recibido un ejemplar del folleto que contiene los trabajos premiados en el *Concurso Internacional* iniciado por *El Libertario* de aquella población.

Próximamente tendremos más ejemplares para la venta.

Los pedidos pueden dirigirse á José Guardiola, Peñalver 21, Habana.

Precio: diez centavos ejemplar con descuento de 35 por 100 á los que pidan más de diez ejemplares.

Suscripción para los presos por cuestiones sociales.

	Ptas.
Suma anterior	38'45
DE BÉJAR	
Gabriel García.	0'20
Venancio Matías.	0'20
Cesáreo	0'15
Rafael Santos.	0'25
Juan Mazo.	0'20
DE SAN LUÍS	
Máximo Pena.	0'25
SUMA.	39'70

CORRESPONDENCIA

Vilasar de Dalt.—A. C. Recibido 11'15 pesetas. Escribiré.

Bilbao.—S. F. Enviamos 60 ejemplares desde este número.

Palafrugell.—J. Q. Damos por recibidas las 13 pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad*.

Dowlais.—F. B. Damos por recibidos los nueve chelines que dices has enviado á *Tierra y Libertad*. M. G. debe 1'20 pesetas del periódico.

Barcelona.—*Tierra y Libertad*. Tenemos 1'25 pesetas para vosotros de M. P., de San Luís; 1 como pago de un trimestre y 0'25 como donativos.

San Feliu de Guíxols.—J. P. Recibido 8 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Alcaracejos.—M. M. Recibido 2 ptas. por conducto de *Via Libre*.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 **La Mujer**—*Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 céntimos.